

—Escucha, Valía; si yo muero joven, y tú eres rica, haz que me pongan en un ataúd como ese, con ramos de violetas y de rosas blancas.

Presentimientos del destino.

Bajo aquellos mismos arcos se verá más tarde el féretro de Esther; su último traje de terciopelo negro estará cubierto de violetas y de rosas blancas.

III.

Cancones para reir y para llorar.

Aquella noche fué una verdadera fiesta en las buhardillas en que se albergaba toda la familia; una verdadera fiesta, no por la moneda de cinco francos de Víctor Hugo, sino porque éste había abrazado á Esther.

—¡No sé por qué no me habrá abrazado á mí también!—dijo ingenuamente Valía en aquella ocasión.

—Porque, gracias á Dios (respondió Esther), no es costumbre abrazar á las jóvenes en la calle.

Su madre, la señora Bonheur, se hizo explicar por una de las vecinas quién era Víctor Hugo.

—Es un hombre sin ninguna barba (dijo aquella), que tiene un talento como cuatro. Cuando era frutera me compraba cerezas para sus hijos. Tiene unas hijas como soles, y unos hijos de la piel del diablo.

—Pero, ¿qué es lo que hace para ser tan célebre?

—¡Escribe libros!

—¿Y es célebre por eso?

—¡Oh! también hace comedias.

—¡Ya es otra cosa!

—Sí (dijo Valía); son muy conocidos los que escriben para el teatro: Molière....

—¡Y Corneille!—exclamó Esther, que había oído pronunciar aquel nombre en alguna conversación, y lo retenía en la memoria. Pero, ¿por qué aquel y no otro? ¡Adivinaba quizás que con el tiempo la habían de llamar *la hija de Corneille!*

El día siguiente, Valía y Esther continuaron sus musicales peregrinaciones. Se detuvieron en la taberna llamada del *Racimo de moras*. Cantaron las mismas canciones de la víspera, para reír y para llorar.

Durante la primera, había visto Esther á Gantua subido en una escalera de mano, retocando la muestra de una partera, el cual había acompañado á Esther, haciendo las veces de piano, silbando el mismo aire de la canción.

Al terminar la segunda, empezó á sollozar, murmurando al mismo tiempo:

—¡Me muero!

Y cayó como desvanecida, quedando medio arrodillada en la acera y con la cabeza junto á la pared.

Su hermana la cogió en brazos y la metió en la taberna, no sin gran trabajo, por la mucha gente que le dificultaba el paso.

Valía no se alteró por aquel incidente, y abandonando á su hermana en manos de la primera recién llegada, se dedicó á hacer la colecta. Y bien sabe Dios que fué buena. Caían las monedas en el platillo como lluvia menuda. Un anciano sabio, que pasaba por allí, le dió una moneda de cinco francos, como Víctor Hugo había hecho la víspera.

El blanco brillo de la moneda alegró los ojos de Valía; tanto, que sin inquietarse por su hermana, sonrió alegremente á la concurrencia.

Mientras tanto, Esther había sido trasladada á la trastienda; la tabernera, que la conocía hacía ya algún tiempo, se compadeció de ella, y la defendió de los curiosos, cerrando la puerta.

Á pesar de eso, entraron varios, que por fortuna no fueron importunos. Gantua fué uno de los primeros, que al verla caer sobre la acera, pálida y demudada, había bajado de cuatro en cuatro los escalones de la escalera para ir á socorrerla.

Más de una vez le había ofrecido un vaso de grosella, cantando con ella y con Valía en aquella misma trastienda.

Era cosa de ver cómo prodigaba sus más solícitos cuidados á Esther, con sus alborotados cabellos, su blusa blanca y su rostro entristecido.

La cogió en brazos, y la reclinó sobre su corazón, como si fuera un hijo.

—¡Conque tenemos vahidos como una señorita! Vamos, vamos; es menester que pase eso.

Y pidió bizcochos y vino, verdadero vino, del rancio de cuatro francos la botella; mojó un bizcocho en vino, y se le presentó á Esther, que le tomó por complacerle, pero que sin duda no le desagradó, porque el fuego de sus ojos reapareció y también la sonrisa de sus labios.

El pintor le daba golpecitos en las manos.

—En fin, ya no nos morimos. ¿No habías almorzado?

—No; mamá nos da por la mañana un guiso peor que el rancho de un cuartel, y yo prefiero mantenerme del aire.

Valía apareció en aquel momento.

—Y bien, mi queridita Esther: ¿estás mejor?

Y puso sobre la mesa todo el dinero que acababa de recoger, menos la moneda de cinco francos.

Esther estaba encantada.

—Ya ves que no soy tan tonta, y que no he perdido el tiempo.

—Sí, me has abandonado.

—Ya sabía yo que no era nada, y era preciso aprovechar la ocasión.

Esther tomó con su bonita mano un puñado de aquellas monedas de plata y cobre. Bien habría una docena de francos.

De pronto se echó á reír á carcajadas; dió un

salto con ligereza, y dijo alegremente á Valía:

—¿No es verdad que ha estado bien representado?

—¿Cómo bien representado?—exclamó Gantua.

—Pero, gran tonto, ¿no has comprendido que era todo una comedia?

—¿No te has desmayado?

—¡Vaya! y no ha sido de balde.

—Por doce francos veinticinco céntimos,—dijo Valía, riéndose también.

—¡Ah! ya no hay niños (murmuró Gantua). ¡Cómo! gran pícara; ¡me has dado un mal rato solamente por burlarte de mí! En vez de haberme bajado de la escalera, debía haberte hecho subir.

—¡Oh! llevo pantalones; si quieres, subiré hasta lo último y te emborronaré la muestra.

—Bien, bien; pero te aconsejo que procures que la gente no se entere de que la engañas, porque esto quizás no le gustaría. En fin: la verdad es que eres un diablillo muy bonito.

La descolorida niña, que había cantado sus canciones alegres con una profunda expresión de tristeza, recobró de nuevo sus colores; se consideraba dichosa al pensar lo contenta que se pondría su madre al verla llegar con tanto dinero, y se prometía repetir la escena en otros barrios de París.

30323

Se bebió alegremente el resto de la botella, y se dió fin á la docena de bizcochos. Esther quería pagar; pero Gantua no lo permitió, murmurando con cierta dignidad:

—Soy caballero, señoritas.

Lo más extraño es que no mentía al decir esto: el pseudónimo de Gantua ocultaba un noble apellido: «No se sabrá quién soy hasta que me admitan un cuadro en la Exposición,» solía decir.

Entre tanto, como era menester vivir, se resignaba filosóficamente con su oficio de pintor decorador. Cuando no se tiene bastante dinero para pasar por la Escuela de Bellas Artes, es necesario conformarse y aprender á pintar mármoles, monumentos, cielos y flores. Díaz de la Peña, otro noble, ¿no empezó también así? Yo mismo le he conocido, en casa de Julio Janin, en donde pintaba unas rosas sobre un espejo roto. La ciencia de las naciones, dice: «Empieza como puedas, pero concluye bien.»

Abandonaron la taberna, despidiéndose hasta otra vista. Gantua hubiera querido hacer una amorosa declaración á Valía; pero aquel bravo mozo tenía la timidez de un niño: esperó otra ocasión; porque la hermana de Esther le había entrado por el ojo derecho, según su expresión. Á Valía le gustaban los jóvenes ricos y elegantes; pero al mismo tiempo era de aquellas que

dicen que, *á falta de pan, buenas son tortas*. Ahora bien: á falta del joven elegante y rico, Gantua era todo un buen mozo, con su traje pintoresco, con su frente altiva, y al mismo tiempo con la sonrisa burlona del parisien *pur sang* en los labios.